

Legado en los huesos

Dolores
Redondo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1280

Itxusuria

Localizó la tumba guiándose por la línea que el agua había dibujado en el suelo al caer desde el alero de la casa. Se arrodilló y de entre sus ropas extrajo una palita de jardín y una piqueta con las que desconchó la superficie compacta de la tierra oscura, que se desprendió en terrones húmedos y esponjosos, destilando un aroma rico como a madera y musgo.

Con cuidado, fue eliminando capas de unos pocos centímetros hasta que, mezclados con la tierra, aparecieron jirones ennegrecidos de tela podrida.

Excavó con las manos apartando la prenda en la que aún se adivinaba una mantita de cuna que se deshizo al tocarla, descubriendo el paño encerado que envolvía el cuerpo. Apenas se veían restos de la cuerda que lo había atado, dejando sobre el lienzo un dibujo marcado y profundo allí donde lo ciñó. Retiró los residuos del cordel, reducido a pulpa entre sus dedos, y acarició la superficie buscando el borde del lienzo que, aun sin verlo, adivinó con varias vueltas de tela. Hundió los dedos en el extremo del hatillo y rasgó la mortaja, que se abrió como si usase un cuchillo.

El bebé yacía enterrado boca abajo como si durmiese acunado en la tierra; los huesos, como el mismo lienzo, aparecían bien conservados aunque teñidos por la tierra oscura del Baztán. Extendió una mano que casi cubrió por

entero el cuerpecillo, presionó el tórax contra la tierra y sin resistencia arrancó de cuajo el brazo derecho, que al soltarse quebró la pequeña clavícula con un chasquido suave, como un suspiro que, procedente de la sepultura, lamentase el expolio. Retrocedió, intimidado de pronto, se puso en pie, introdujo los huesos entre sus ropas y dedicó una última mirada a la tumba, antes de empujar con los pies la tierra a su interior.

I

El ambiente en el juzgado era irrespirable. La humedad de la lluvia, prendida en los abrigos, comenzaba a evaporarse, mezclada con el aliento de cientos de personas que abarrotaban los pasillos frente a las distintas salas. Amaia se desabrochó el chaquetón mientras saludaba al teniente Padua, que, tras hablar brevemente con la mujer que lo acompañaba e instándola a entrar en la sala, se acercó sorteando a la gente que esperaba.

—Inspectora, me alegro de verla. ¿Cómo se encuentra? No estaba seguro de que pudiera estar aquí hoy —dijo, con un gesto hacia el abultado vientre.

Ella se llevó una mano a la tripa, que evidenciaba el último tramo del embarazo.

—Bueno, parece que de momento aguantará. ¿Ha visto a la madre de Johana?

—Sí, está bastante nerviosa. Espera dentro acompañada por su familia, acaban de llamarme de abajo para decir que ha llegado el furgón que trae a Jasón Medina —dijo dirigiéndose al ascensor.

Amaia entró en la sala y se sentó en uno de los bancos del final; aun así veía a la madre de Johana Márquez, enlutada y mucho más delgada que en el funeral de la niña. Como si percibiese su presencia, la mujer se volvió a mirar y la saludó con un breve gesto de asentimiento. Amaia intentó sonreír, sin conseguirlo, mientras apreciaba la apa-

riencia lavada del rostro de aquella madre atormentada por la certeza de no haber podido proteger a su hija del monstruo que ella misma había llevado a casa. El secretario procedió a leer en voz alta los nombres de los citados. No se le escapó el gesto de crispación que se dibujó en la cara de la mujer al escuchar el nombre de su marido.

—Jasón Medina —repitió el secretario—. Jasón Medina.

Un policía de uniforme entró corriendo en la sala, se acercó al secretario y le susurró algo al oído. A su vez se inclinó para hablar con el juez, que escuchó sus palabras, asintió, llamó al fiscal y a la defensa, les habló brevemente y se puso en pie.

—Se suspende la sesión, serán citados nuevamente si así procede. —Y sin decir más, salió de la sala.

La madre de Johana comenzó a gritar mientras se volví hacia ella demandando respuestas.

—No —chilló—, ¿por qué?

Las mujeres que la acompañaban intentaron en vano abrazarla para contener su desesperación.

Uno de los policías se acercó a Amaia.

—Inspectora Salazar, el teniente Padua le pide que baje a los calabozos.

Al salir del ascensor vio que un grupo de policías se arremolinaba frente a la puerta de los baños. El guardia que la acompañaba le indicó que entrase. Un policía y un funcionario de prisiones se apoyaban contra la pared con los rostros demudados. Padua miraba hacia el interior del cubículo, apostado en el borde del charco de sangre que se derramaba por debajo de la estructura que separaba los retretes y que aún no había comenzado a coagularse. Al ver entrar a la inspectora se hizo a un lado.

—Le dijo al guardia que tenía que entrar al baño. Ya ve que está esposado, aun así logró rebanarse el cuello.

Todo fue muy rápido, el policía no se movió de aquí, le oyó toser y entró, no pudo hacer nada.

Amaia dio un paso adelante para ver el cuadro. Jassón Medina aparecía sentado en el retrete con la cabeza echada hacia atrás. Un corte oscuro y profundo surcaba su cuello. La sangre había empapado la pechera de la camisa como un babero rojo que hubiera resbalado entre sus piernas, tiñendo todo a su paso. El cuerpo aún emanaba calor, y el olor de la muerte reciente viciaba el aire.

—¿Con qué lo ha hecho? —preguntó Amaia al no ver ningún objeto.

—Un cúter. Se le cayó de las manos al perder fuerza y fue a parar al váter de al lado —dijo empujando la puerta del siguiente retrete.

—¿Cómo pudo meter eso aquí? Es de metal, el arco tuvo que detectarlo.

—No lo introdujo él, inspectora. Mire —dijo señalando—, si se fija verá que el mango del cúter lleva pegado un trozo de cinta americana. Alguien se tomó muchas molestias para dejar el cúter aquí, seguramente tras la cisterna, él no tuvo más que despegarlo de su escondite.

Amaia suspiró.

—Y eso no es todo —dijo Padua, disgustado—. Esto asomaba del bolsillo de la chaqueta de Medina —dijo levantando con una mano enguantada un sobre blanco.

—Una carta de suicida —sugirió Amaia.

—No exactamente —dijo Padua tendiéndole un par de guantes y el papel—. Y va dirigida a usted.

—¿A mí? —se extrañó Amaia.

Se puso los guantes y tomó el sobre.

—¿Puedo?

—Adelante.

La solapa estaba adherida con un suave pegamento que cedió sin rasgarse. Dentro, una cartulina blanca con una sola palabra escrita en el centro del papel.

«Tarttalo.»

Amaia sintió una fuerte punzada en el vientre, con-
tuvo el aliento disimulando el dolor, volvió el papel para
comprobar que no hubiese nada escrito por el envés, y se
lo tendió a Padua.

—¿Qué significa?

—Esperaba que usted me lo dijera.

—Pues no lo sé, teniente Padua, no significa gran cosa
para mí —respondió Amaia un poco confusa.

—Un tarttalo es un ser mitológico, ¿no?

—Pues... sí, hasta donde yo sé es un cíclope de la mi-
tología grecorromana, y también de la vasca. ¿Adónde
quiere llegar?

—Usted trabajó en el caso del basajaun, que también
era un ser mitológico, y ahora el asesino confeso de Johana
Márquez, que casualmente intentó imitar un crimen del
basajaun para esconder el suyo, se suicida y le deja una
nota a usted, una nota en la que pone «Tarttalo». No irá a
decirme que no es por lo menos curioso.

—Sí, lo admito —suspiró Amaia—. Es raro, pero en
su momento ya establecimos sin lugar a duda que Jasón
Medina violó y asesinó a su hijastra y después intentó de
forma bastante chapucera imitar un crimen del basajaun.
Además, él lo confesó con todo lujo de detalles. ¿Insinúa
que quizá no fuera el autor?

—No me cabe ninguna duda de que él lo hizo —afir-
mó Padua mirando el cadáver con gesto de fastidio—.
Pero está el tema de la amputación y de los huesos de la
chica que aparecieron en Arri Zahar, y ahora esto, espera-
ba que usted pudiera...

—No sé qué significa esto, ni por qué lo dirige a mí.
Padua suspiró sin dejar de observar su gesto.

—Claro, inspectora.

Amaia se dirigió a la salida trasera decidida a no encontrar-
se con la madre de Johana. No habría sabido qué decirle,

quizá que todo había acabado, o que al final aquel desgraciado se había escabullido hacia el otro mundo como la rata que era. Mostró a los guardias su placa y por fin se vio libre de la atmósfera del interior. Había dejado de llover y, a través de las nubes, la luz incierta y brillante de entre chubascos tan típica de Pamplona le arrancó unas lágrimas mientras revolvía su bolso buscando las gafas de sol. Le había costado encontrar un taxi que la llevara al juzgado en hora punta. Cuando llovía siempre pasaba lo mismo, pero ahora unos cuantos coches hacían cola en la parada mientras los pamploneses optaban por caminar. Se detuvo un momento ante el primero. Aún no quería ir a casa, la perspectiva de tener a Clarice dando vueltas y bombardeándola a preguntas no le resultaba nada atractiva. Desde que sus suegros habían llegado hacía dos semanas, el concepto de hogar había sufrido serias alteraciones. Miró hacia las invitadoras cristaleras de las cafeterías situadas frente al juzgado y al extremo de la calle San Roque, donde vislumbró los árboles del parque de la Media Luna. Calculó un kilómetro y medio hasta su casa y echó a andar. Si se cansaba, siempre podía coger un taxi.

Sintió un inmediato alivio cuando al penetrar en el parque dejó el ruido del tráfico a su espalda, y el frescor de la hierba mojada sustituyó el del humo de los coches. De modo imperceptible relajó su paso y enfiló uno de los senderos de piedra que recortaban el perfecto verdor. Tomó aire profundamente y lo dejó salir muy despacio. Menuda mañana, pensó; Jasón Medina encajaba perfectamente en el perfil del reo que se suicida en prisión. Violador y asesino de la hija de su esposa, había permanecido aislado a la espera del juicio, y resultaba seguro que la perspectiva de mezclarse con los presos comunes tras la condena le había aterrorizado. Lo recordaba de los interrogatorios nueve meses atrás, durante las investigaciones del caso Basajaun, como un ratón lloroso y asustado, que confesaba sus atrocidades entre un mar de lágrimas.

Aunque eran casos distintos, el teniente Padua de la Guardia Civil la había invitado a participar, debido al intento chapucero de Medina de imitar el modus operandi del asesino en serie que ella perseguía, basándose en lo que había leído en la prensa. Nueve meses, justo cuando quedó embarazada. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

—¿Verdad, pequeña? —susurró, acariciándose la tripa.

Una fuerte contracción la obligó a detenerse. Apoyada en el paraguas e inclinada hacia adelante aguantó la impresión de terrible pinchazo en la parte baja del vientre, que se extendió hasta la cara interna de los muslos, provocándole un calambre que le arrancó un quejido, no tanto de dolor como de sorpresa por la intensidad. La oleada decreció tan rápido como había llegado.

Así que así era. Se había preguntado mil veces cómo sería estar de parto y si sabría distinguir las primeras señales o sería una de esas mujeres que acuden al hospital con la cabeza del niño fuera o que dan a luz en un taxi.

—¡Oh, pequeña! —le habló dulcemente—, aún falta una semana, ¿estás segura de querer salir ya?

El dolor había desaparecido como si nunca hubiera venido. Sintió una inmensa alegría y una oleada de nervios ante la inminencia de su llegada. Sonrió feliz y miró alrededor como queriendo compartir su gozo, pero el parque estaba desierto, húmedo y fresco, de un verde esmeralda que, con la luz brillante que se proyectaba a través de la capa de nubes que cubría Pamplona, resultó más radiante y hermoso aún, haciéndole recordar la sensación de descubrimiento que siempre tenía en Baztán y que le resultó un regalo inesperado en Pamplona. Empezó de nuevo el camino, transportada ahora al mágico bosque y a los ojos dorados del señor de aquellos dominios. Sólo nueve meses antes se encontraba investigando allí, en el lugar donde había nacido, en el lugar del que siempre quiso irse, el lugar al que regresó para cazar a un asesino y donde concibió a su pequeña.

La certeza de su hija creciendo en su interior había supuesto en su vida el bálsamo de calma y serenidad que siempre había imaginado y que en aquel momento había sido lo único que podía ayudarla a afrontar los terribles hechos que le había tocado vivir y que unos meses antes habrían acabado con ella. Volver a Elizondo, escarbar en su pasado y, sobre todo, la muerte de Víctor, habían trastocado su mundo y el de toda su familia. La tía Engrasi era la única que permanecía inalterable, echando sus cartas, jugando al póquer cada tarde con sus amigas y sonriendo de ese modo en que lo hacen los que están de vuelta de todo. Flora se había trasladado precipitadamente a Zarautz, bajo el pretexto de rodar a diario los programas de repostería para la televisión nacional, y había cedido, quién lo iba a decir, el mando de Mantecadas Salazar a Ros, que, para sorpresa de Flora y confirmando lo que Amaia había pensado siempre, se había revelado como una magnífica gerente, aunque un poco abrumada al principio. Amaia le había ofrecido su ayuda y casi todos los fines de semana en los últimos meses los habían pasado en Elizondo, aunque hacía tiempo que se había dado cuenta de que Ros ya no necesitaba su apoyo. Sin embargo, seguía yendo allí, a comer con ellas, a dormir en casa de la tía, a casa. Desde el momento en que su pequeña comenzó a crecer dentro de su vientre, desde que se había atrevido a ponerle nombre al miedo y a compartirlo con James, y seguramente también debido al contenido del DVD que guardaba junto a su arma en la caja fuerte de su dormitorio, lo supo, supo que tenía una certeza, una sensación de hogar, de raíz, de tierra, que había creído perdida durante años y para siempre.

Al entrar en la calle Mayor comenzó a llover de nuevo. Abrió su paraguas y caminó sorteando a la gente de compras y a algunos peatones presurosos y desprotegidos que caminaban medio encorvados bajo los aleros de los edificios y las marquesinas de los comercios. Se detuvo

ante el colorido escaparate de una tienda de ropa para niños y observó los vestiditos rosas bordados con minúsculas florecillas, y pensó que quizá Clarice tenía razón y debería comprarle algo así a su pequeña. Suspiró, malhumorada de pronto, mientras pensaba en la habitación que Clarice le había montado para la niña. Sus suegros habían venido para el nacimiento de la pequeña, y aunque llevaban sólo diez días en Pamplona, ella ya había conseguido copar las peores previsiones de suegra entrometida que podían esperarse. Desde el primer día había puesto de manifiesto su extrañeza de que no tuvieran montado un dormitorio para el bebé habiendo varios cuartos vacíos en la casa.

Amalia había recuperado una cuna antigua de madera noble que durante años había estado en el salón de tía Engrasi, utilizada como leñera. James la había lijado hasta sacar la veta de debajo de la capa de barniz viejo, la había barnizado de nuevo y las amigas de Engrasi le habían cosido unos primorosos faldones y un cobertor blanco que realizaba el valor y la solera de la cunita. Su dormitorio era grande, tenían espacio de sobra, y la idea de tener a la niña en otra habitación no le terminaba de convencer, por muchas ventajas que le asignasen los expertos. No, no le gustaba, al menos de momento. Los primeros meses, mientras le diera el pecho, tenerla cerca facilitaría las tomas nocturnas y contribuiría a su tranquilidad el estar segura de que la podría oír si lloraba o si le pasaba algo...

Clarice había puesto el grito en el cielo. «La niña debe tener su propia habitación, con todas sus cosas cerca. Créeme, ambas descansaréis mejor. Si la tienes al lado estarás toda la noche pendiente de cada suspiro, de cada movimiento. Ella tiene que tener su espacio y vosotros el vuestro. Además, no creo que sea muy saludable para la niña compartir dormitorio con dos adultos, luego los niños se acostumbran y no hay manera de llevarlos a su habitación.»

Ella también había leído los libros de una caterva de prestigiosos pediatras decididos a adoctrinar a toda una

nueva generación de infantes educados en el sufrimiento, a los que no había que coger demasiado en brazos, que tenían que dormir solos desde que nacían y a los que no había que consolar en sus ataques de frustración porque debían aprender a ser independientes y a administrar sus fracasos y miedos. A Amaia le revolvió el estómago tanta necedad. Suponía que si alguno de esos ilustres doctores se hubiera visto obligado como ella a «administrar» su miedo desde la infancia, quizá su visión del mundo sería algo diferente. Si su hija quería dormir con ellos hasta los tres años, le parecía perfecto: quería consolarla, escucharla, dar y restar importancia a sus pequeños temores, que como ella bien sabía podían ser enormes también en un niño pequeño. Pero era evidente que Clarice tenía sus propias ideas de cómo debían hacerse las cosas y estaba dispuesta a compartirlas con el mundo.

Tres días atrás, al llegar a casa, se había encontrado el regalo sorpresa de su suegra, una magnífica habitación con armarios, cambiador, chifonier, alfombras, lámparas. Un empacho de nubes y corderitos rosas, de lazos y puntillas por todas partes. James la había esperado en la puerta con cara de circunstancias y mientras la besaba le había susurrado una disculpa, «Lo hace con buena intención», que ya había alarmado a Amaia lo suficiente como para que se le helase la sonrisa ante el empalago de rosa mientras valoraba el hecho de estar siendo alienada en su propia casa. Clarice, sin embargo, se mostraba encantada, moviéndose entre los muebles nuevos como una presentadora de televisión, mientras su suegro, impasible como siempre ante su enérgica esposa, continuaba leyendo la prensa sentado en el salón y sin inmutarse. A Amaia le costaba imaginar que Thomas fuera el director de un imperio financiero en Estados Unidos; ante su esposa, se comportaba con una mezcla de sumisión e indolencia que le resultaban siempre sorprendentes. Amaia fue consciente de lo incómodo que se sentía James, y sólo por eso procuró mantener el

tipo mientras su suegra le mostraba la maravillosa habitación que le había comprado.

—Mira qué precioso armario, aquí te cabe toda la ropa de la niña, y el cambiador tiene en su interior un vestidor completo. No me negarás que las alfombras son preciosas y aquí —dijo sonriendo, satisfecha—, lo más importante, una cuna digna de una princesa.

Amaia reconoció que la enorme cuna rosa era propia de una infanta y tan grande que la niña podría dormir en ella hasta los cuatro años.

—Es bonita —se obligó a decir.

—Es preciosa, y así podrás devolverle la leñera a tu tía.

Amaia salió de la habitación sin contestar, se metió en su cuarto y esperó a James.

—Oh, lo siento, cariño, no lo hace con mala intención, es que ella es así, serán sólo unos días más. Sé que estás teniendo mucha paciencia, Amaia, y te prometo que en cuanto se vayan nos desharemos de todo lo que no te guste.

Había aceptado, por James y porque no tenía fuerzas para discutir con Clarice. James tenía razón, estaba teniendo mucha paciencia, algo que no iba con su carácter. Sería la primera vez que permitía que alguien la maneja, pero en esta última fase del embarazo algo había cambiado en ella. Hacía días que no se sentía bien, toda la energía de la que había gozado en los primeros meses había desaparecido, sustituida por una desgana inusual en ella, y la presencia dominante de su suegra venía a poner más de manifiesto su falta de fuerzas. Volvió a mirar la ropita del escaparate y decidió que bastante tenía ya con todo lo que había comprado Clarice. Sus excesos de abuela primeriza la ponían enferma, aunque había algo más, y es que secretamente habría dado cualquier cosa por sentir esa borrachera de felicidad rosa que aquejaba a su suegra.

Desde que se había quedado embarazada, apenas había comprado para la niña un par de patucos, camisetas y polainas y unos cuantos pijamitas de colores neutros. Su-

ponía que el rosa no era su color favorito. Cuando veía en un escaparate los vestiditos, las chaquetas, los faldones y todos aquellos objetos plagados de lazos y florecillas aplicadas, pensaba que eran hermosos, adecuados para vestir a una pequeña princesa, pero cuando los tenía en la mano sentía un rechazo frontal hacia tanta ñoñería cursi y terminaba por no comprar nada, confusa y enfadada. No le habría venido mal un poco del entusiasmo de Clarice, que se deshacía en exclamaciones apreciativas ante los vestiditos con zapatitos a juego. Sabía que no podía ser más feliz, que había amado a aquella criatura desde siempre, desde que ella misma era una niña oscura y desdichada y soñaba con ser madre un día, una madre de verdad, un deseo que cobró forma cuando conoció a James y que llegó a atenazarla con la duda y el miedo cuando la maternidad amenazó con no llegar, hasta el punto de plantearse un tratamiento de fecundidad. Y entonces, nueve meses atrás, y mientras investigaba el caso más importante de su vida, se había quedado embarazada.

Era feliz, o al menos creía que debía serlo y eso la confundía aún más. Hasta hacía poco se había sentido plena, contenta y segura como hacía años que no se sentía, y sin embargo, en las últimas semanas, nuevos temores, que eran en realidad tan viejos como el mundo, habían regresado furtivamente, colándose en sus sueños mientras dormía y susurrándole palabras que conocía y que no quería reconocer.

Una nueva contracción menos dolorosa pero más larga tensó su vientre. Miró el reloj. Veinte minutos desde la última en el parque.

Se dirigió al restaurante donde habían quedado para comer porque Clarice desaprobaba que James cocinase a diario, y entre las insinuaciones de que debían contar con servicio en casa y ante el riesgo de que cualquier día al llegar pudiera encontrarse con que tenían un mayordomo inglés, habían optado por comer y cenar todos los días fuera.

James había elegido un moderno restaurante en una calle paralela a la calle Mercaderes, donde vivían. Clarice y el silencioso Thomas sorbían sendos Martinis cuando Amaia llegó. James se levantó nada más verla.

—Hola, Amaia, ¿qué tal estás, amor? —dijo besándola en los labios y apartando la silla para que se sentara.

—Bien —respondió ella, valorando la posibilidad de decirle algo sobre el comienzo de las contracciones. Miró a Clarice y decidió que no.

—¿Y nuestra pequeña? —sonrió James, poniendo una mano sobre su vientre.

—«Nuestra pequeña» —repitió Clarice con sorna—. ¿Os parece normal que a una semana del nacimiento de vuestra hija aún no hayáis elegido un nombre para ella?

Amaia abrió la carta y simuló leer después de dedicar una mirada a James.

—Oh, mamá, ya estamos otra vez, hay unos cuantos nombres que nos gustan, pero no terminamos de decidirnos, así que esperaremos a que la niña nazca. Cuando veamos su carita decidiremos cómo va a llamarse.

—¿Ah, sí? —se interesó Clarice—. ¿Y qué nombres barajáis? ¿Clarice, quizás? —Amaia resopló—. No, no, decíme qué nombre habéis pensado —insistió Clarice.

Amaia levantó la mirada de la carta mientras una nueva contracción tensaba su vientre durante unos segundos. Consultó su reloj, sonrió.

—Lo cierto es que ya lo he decidido —mintió—, pero deseo que sea una sorpresa. Sólo puedo adelantarte que no será Clarice, no me gustan los nombres repetidos dentro de la familia, creo que cada cual debe tener su identidad propia.

Clarice le dedicó una sonrisa torcida.

El nombre de la pequeña era el otro misil que Clarice lanzaba contra ella cada vez que tenía ocasión. ¿Cómo iba a llamarse la niña? Su suegra había insistido tanto que James había llegado a sugerir que eligieran un nombre de

una vez, sólo para que su madre dejase el tema. Se había enfadado con él. Era lo que faltaba: ¿iba a tener que elegir un nombre sólo por satisfacerla?

—Por satisfacerla no, Amaia; debemos elegir un nombre porque de algún modo tendremos que llamar a la niña y tú parece no querer ni pensarlo.

Y como con el asunto de la ropita, sabía que tenían razón. Había leído sobre el tema y le había preocupado tanto que al final le había preguntado a la tía Engrasi.

—Bueno, yo no he tenido bebés, así que no puedo hablar de mi experiencia, pero a nivel clínico, sé que es bastante común en madres primerizas y sobre todo en los papás. Cuando ya se ha tenido un hijo, uno sabe a qué se enfrenta, ya no hay sorpresa, pero con el primer embarazo suele ocurrir que, a pesar de que el vientre crezca, algunas mamás no son capaces de relacionar los cambios en su cuerpo con un bebé real. Hoy en día, con las ecografías y la posibilidad de escuchar el corazón del feto y conocer el sexo, la impresión de realidad del hijo que se espera se agudiza, pero en el pasado, cuando no se podía ver al bebé hasta el momento del parto, eran muchos los que sólo cobraban conciencia de que tenían un hijo cuando podían tomarlo en brazos y ver su carita. Las inseguridades que te inquietan son de lo más normal —dijo poniendo una mano sobre su vientre—. Créeme, no se está preparado para lo que supone ser padre o madre, a pesar de que algunos lo disimulen bastante bien.

Pidió un plato de pescado que apenas tocó y comprobó que las contracciones se distanciaban y perdían intensidad al estar en reposo.

Mientras tomaban el café, Clarice volvió a la carga.

—¿Ya habéis mirado jardines de infancia?

—No, mamá —respondió James, dejando su taza sobre la mesa y mirándola con cansancio—. No hemos mirado nada porque no vamos a llevar a la niña a la guardería.

—Bueno, entonces buscaréis a una niñera para que la cuide en casa cuando Amaia vuelva a trabajar.

—Cuando Amaia vuelva a trabajar yo cuidaré de mi hija.

Clarice abrió los ojos desmesuradamente y miró a su marido tratando de encontrar una complicidad que no halló en un sonriente Thomas, que negaba con la cabeza mientras sorbía su té rojo.

—Clarice... —avisó. Aquellas repeticiones del nombre de su esposa susurrado con tono de reproche eran lo más parecido a una protesta que llegaba a salir de la boca de Thomas.

Ella no se dio por aludida.

—No lo diréis en serio. ¿Cómo vas a cuidar tú de la niña? No sabes una palabra de bebés.

—Aprenderé —contestó él, divertido.

—¿Aprender? ¡Por el amor de Dios!, necesitarás ayuda.

—Ya tenemos una asistenta que viene por horas.

—No hablo de una asistenta cuatro horas a la semana, hablo de una niñera, una cuidadora que se ocupe de la niña.

—Lo haré yo, lo haremos entre los dos, esto es lo que hemos decidido.

James parecía divertirse y por la expresión de Thomas dedujo que él también. Clarice resopló, y adoptó una sonrisa tensa y un tono pausado que indicaba el supremo esfuerzo que hacía por ser razonable y paciente.

—Si yo entiendo todo esto de los padres modernos dándoles el pecho a sus hijos hasta que tienen dientes, durmiendo en su cama y queriendo hacerlo todo solos y sin ayuda, pero, hijo, tú también tienes que trabajar, tu carrera está en un momento muy importante, y en el primer año la niña no te dejará tiempo ni para respirar.

—Acabo de terminar una colección de cuarenta y ocho piezas para la exposición del Guggenheim del año que viene y tengo trabajos en reserva de sobra como para poder tomarme un tiempo para dedicarlo a mi hija. Además,

Amaia no está siempre ocupada, tiene temporadas de más trabajo, pero lo normal es que llegue temprano a casa.

Amaia notó cómo el vientre se tensaba bajo su blusa. Esta vez fue más doloroso. Respiró despacio tratando de disimular y miró el reloj. Quince minutos.

—Estás pálida, Amaia, ¿te encuentras bien?

—Estoy cansada, creo que me iré a casa y me acostaré un rato.

—Bien, tu padre y yo vamos a ir de compras —dijo Clarice—, o tendréis que tapar a esa chiquilla con hojas de parra. ¿Nos vemos aquí para cenar?

—No —atajó Amaia—. Hoy tomaré algo ligero en casa y procuraré descansar. Había pensado en ir de compras mañana, he visto una tienda que tiene unos vestiditos preciosos.

El señuelo funcionó; la perspectiva de ir de compras con su nuera serenó de inmediato a Clarice, que sonrió encantada.

—Oh, claro que sí, cariño, ya verás qué bien lo pasamos, llevo días viendo preciosidades. Descansa, querida —dijo dirigiéndose a la salida.

Thomas se inclinó para besar a Amaia antes de salir.

—Bien jugado —susurró, guiñándole un ojo.

La casa en la que vivían en la calle de Mercaderes no dejaba discernir por fuera la magnificencia de los altos techos, los amplios ventanales, los artesonados de madera, las maravillosas molduras que adornaban muchas de las habitaciones y la planta baja, donde James tenía instalado su taller y que en el pasado había albergado una fábrica de paraguas.

Después de tomar una ducha, Amaia se tumbó en el sofá con una libreta en la mano y el reloj en la otra.

—Hoy se te ve más cansada de lo habitual. Ya durante la comida he notado que estabas preocupada, casi no has prestado atención a las tonterías de mi madre.

Amaia sonrió.

—¿Es por algo que ha pasado en el juzgado? Me has dicho que han suspendido el juicio, pero no por qué.

—Jasón Medina se ha suicidado esta mañana en los servicios del juzgado, mañana saldrá en los periódicos.

—Vaya. —Se encogió de hombros James—. No puedo decir que lo lamente.

—No, no es una gran pérdida, pero imagino que tiene que ser un poco decepcionante para la familia de la chica que al final no vaya a pasar por el juicio, aunque lo cierto es que así se ahorran el tener que revivir el infierno escuchando detalles escabrosos.

James asintió, pensativo.

Amaia pensó en contarle el detalle de la nota que Medina había dejado para ella. Decidió que sólo preocuparía a James y no quería estropear un momento tan especial con aquel pormenor.

—De todos modos es verdad que hoy estoy más cansada y que tengo la cabeza en otras cosas.

—¿Sí? —invitó él.

—A las doce y media he comenzado a tener contracciones cada veinticinco minutos. Al principio duraban sólo unos segundos, ahora se han intensificado y las tengo cada doce minutos.

—Oh, Amaia, ¿cómo no me has dicho nada antes? ¿Has aguantado así toda la comida? ¿Te duelen mucho?

—No —dijo sonriendo—, no duelen demasiado, son más como una gran presión, y no quería que tu madre se pusiera histérica. Ahora necesito un poco de calma. Descansaré controlando la frecuencia hasta que esté lista; entonces iremos al hospital.

El cielo de Pamplona seguía cubierto de nubes que apenas dejaban entrever la luz lejana y temblorosa de las estrellas invernales.

James dormía boca abajo ocupando una porción de la cama superior a la que por derecho le correspondía, con la relajada placidez que era habitual en él y que Amaia había envidiado siempre. Al principio se había mostrado reticente a acostarse, pero ella lo había convencido de que era mejor que estuviera descansado para cuando de verdad le necesitara despierto.

—¿Seguro que estarás bien? —había insistido.

—Claro que sí, James, sólo tengo que controlar la frecuencia de las contracciones; cuando llegue el momento te avisaré.

Se había dormido nada más tocar la cama y ahora su respiración acompasada y el suave roce de las hojas de su libro al pasar, eran lo único que se oía en la casa.

Interrumpió la lectura al notar una nueva contracción. Jadeó agarrándose a los brazos de la mecedora en la que había pasado la última hora y esperó a que la oleada pasase.

Contrariada, abandonó definitivamente el libro sin marcar la página, admitiendo que a pesar de haber avanzado no había prestado atención alguna al contenido. Las contracciones se habían intensificado mucho en la última media hora y habían sido muy dolorosas, a duras penas había podido contener las ganas de quejarse. Aun así decidió esperar un poco más. Se asomó al ventanal y miró a la calle, bastante concurrida en la noche del viernes a pesar del frío, de los chubascos intermitentes y de que ya casi era la una de la madrugada.

Oyó ruido en la entrada, se acercó a la puerta de su dormitorio y escuchó.

Sus suegros regresaban después de cenar y dar una vuelta. Se volvió para mirar la suave luz que despedía la lamparita con la que se había alumbrado para leer y consideró la posibilidad de apagarla, pero no había cuidado; su suegra era una entrometida en casi todos los aspectos, pero no llamaría ni loca a la puerta de su dormitorio.

